

## Silencio en la nieve.

14 de diciembre de 1992 a las 6:00 am, Bosnia.

La abuela se levanta todos los días al alba para preparar pita en la cocina. Ella aprendió a cocinar el día que tuvo hambre.

Se mira las manos con quietud.

La observo atentamente tras el marco de la puerta, descalzo sobre un suelo legamoso. Ella se suena la nariz con la manga, tímidamente.

Mira tras la ventana. Hoy se cumple un año desde que papá se marchó. Mamá dijo que para entonces podríamos beber rakija de ciruela y brindar por un día menos. Yo creo que ella solo quiere olvidar, vestirse entera de blanco. Pero se excusa, viene diciendo algún tiempo que todo pasa. Pasan las horas y lo único que llega es el invierno. Aquí todo el mundo le teme a dos cosas:

Al frío.

Y al correo.

Son las peores armas de la guerra.

Te vuelven un cordero vulnerable.

Mamá no ha dejado de creer en Dios. A veces reza. Aunque ahora lo hace mirándose muy adentro y frente a la puerta de casa, trata de atisbar la esperanza de la que hablaban las calles.

Ella ya no me lleva a la mezquita, pero si la suerte está conmigo me deja cruzar el puente viejo. La abuela suele decir que en Croacia faltan puentes así. En realidad, nunca ha pasado más allá del zoco donde vendía manzanas bermejas pero aún así ella sigue creyendo en la autenticidad de nuestra tierra.

A mí me gusta otear el río, *es mi sitio favorito en el mundo*, podría construir una casa en la ribera, tras la copa de algún árbol. Si vienen un día a echarnos de casa yo me esconderé tras la sombra de un roble, ayer se lo conté a la abuela y me sonrió con compasión. Cuando esboza una sonrisa se le dibujan raíces profundas en la cara, los párpados languidecen sobre sus pupilas ópalo, parece una mujer centenaria.

10 de noviembre de 1993 a las 10:30 am, Bosnia.

La abuela cayó tendida sobre el patio de tierra, en sus manos inertes una caja repleta de manzanas frescas. Una oquedad visceral le robó el color a sus ojos vítreos.

Me detuve en la cocina. Hallaba los escombros de una ciudad de plata tras los etéreos restos de ventana. Había dormido durante un día entero y la sangre fluía a raudales por mi rodilla izquierda, oía impactos por todas partes. El miedo se me hacía escarcha en el pelo, sentí el ciego impulso de correr pero, no encontraría una dirección que me guiara a un lugar que pudiera llamar de nuevo hogar.

El puente había caído. Quedaba el olvido y yo en él, y la abuela y mamá.

Aún mantenía mis ojos abiertos.

Me encontré en la más absoluta soledad.

10 de diciembre de 1993 a las 13:45 am, Serbia.

La abuela no salió de casa otra mañana. Mamá no regresó de dondequiera que hubo ido, se secaron las malvas en mis arterias, no llegaron cartas, no preguntaron por la vida que pudiera acaso quedar.

Juplja Stena me dio la bienvenida del primer copo de nieve, me colmó las pestañas de nívea ilusión.

Tan vacío como mi identidad, hoy soy un nombre que guarda con recelo una hogaza de pan bajo el brazo, he mirado a la muerte a los ojos, he caminado entre campos de hayas aguardando una vista amiga.

E incluso aquí donde lo desconocido me acecha tras la nuca por las noches confío en que la luz de media tarde me devuelva un ápice de certidumbre. De vez en cuando pienso en el futuro como una estrella diseccionada, una estela azul y espesa que arrojo al vacío. Lo lleno de mis dudas, del niño que ha muerto en mí y ha dejado tras su espalda aquello que solía llamar vida. Ha encerrado los retales de una sórdida contienda, ha tejido un velo sobre sus ojos.

Y nunca verá jamás igual.